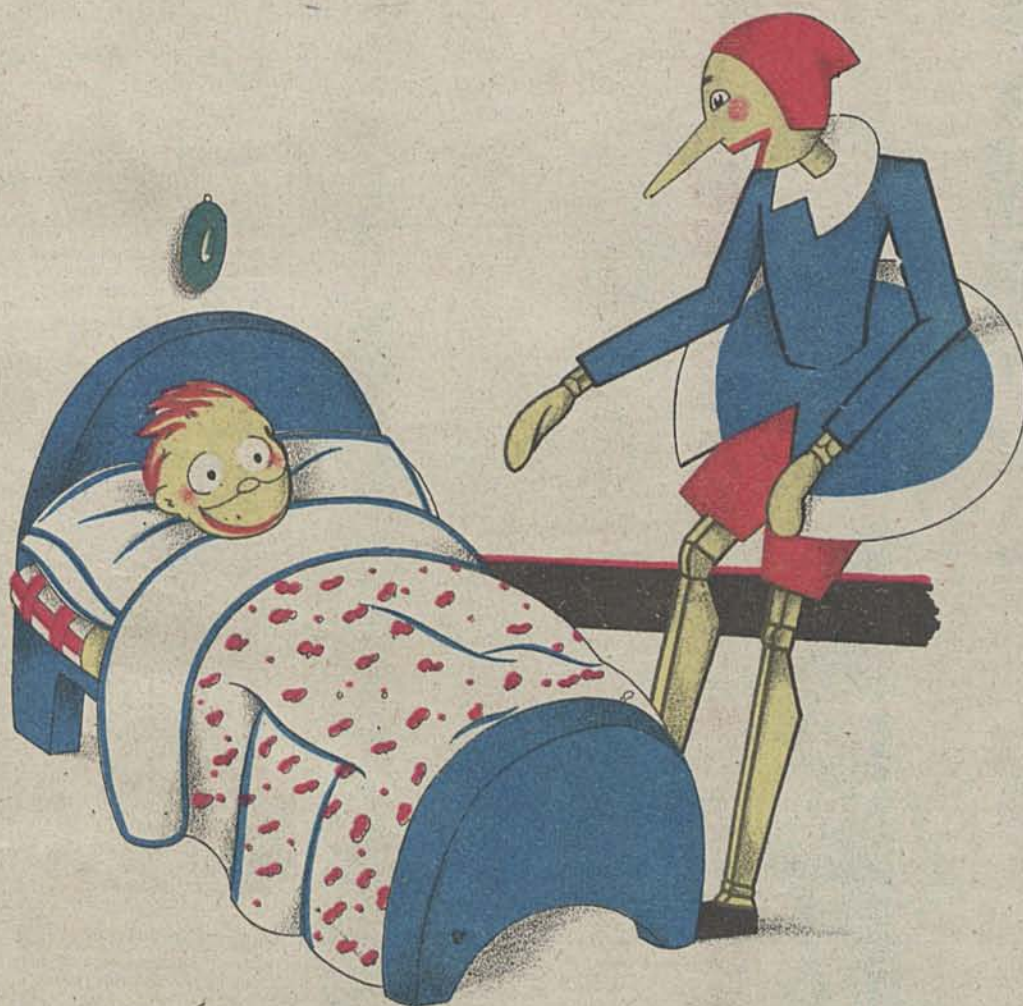


PINOCHO

AÑO. IV
NUM. 156

25 cts

12 FEBRERO
1928

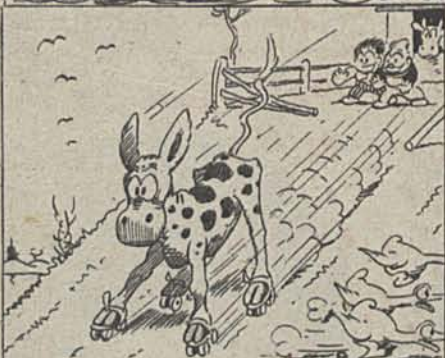
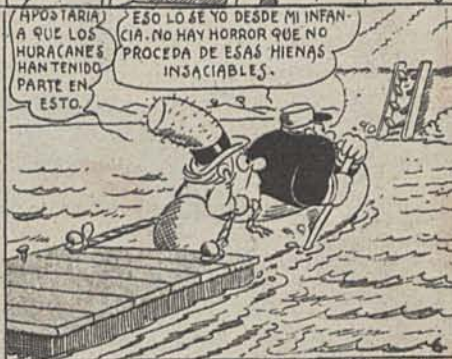


—OYE ¿ESTÁS DORMIDO?
—NO.
—PUES VEN A AYUDARME A SACAR AGUA DEL POZO.
—¡PERO HOMBRE! ¿NO VES QUE ESTOY DURMIENDO?

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACION, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIAN.-ADMINISTRACION, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRIPCION: ESPAÑA Y AMERICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL NIÑO RAPTADO

CUENTO POR EMILIO SALGAR



UMATRA, una de las islas mayores del archipiélago de la Sonda, situada al sur del gran continente asiático, puede decirse que es la patria de los monos.

En aquella tierra, rica en bosques aún vírgenes, de una potencia de vegetación desconocida por nosotros, parece que se han dado cita todos los cuadrumanos del mundo. Hay monos negros, rojizos, blancos, algunos con barba y otros con una capucha que les asemeja a frailes; los hay grandes y pequeños.

En algunos sitios de la isla se ven verdaderos regimientos de ellos, y al penetrar en los bosques que ocupan se corren a menudo graves riesgos.

Maliciosos y mal intencionados, cuando descubren algún cazador le acribillan con frutas y ramas secas, obligándole casi siempre a batirse en retirada.

Hay además ciertos monos grandes que no se contentan con lanzar ramas y frutos. Arrostran resueltamente a los hombres, y los matan a palos y arañazos. Estos son los orangutanes, verdaderos monstruos que inspiran miedo sólo el verlos.

Tienen más de un metro y medio de altura, espaldas anchísimas, fuertes extremidades, cubiertos de un espeso vello rojizo y armados de unas potentes uñas.

Su rostro es además horrible. Tienen una boca grandísima, erizada de dientes agudísimos, y tan sólidos que son capaces de romper el cañón de un fusil, y en cambio sus ojos son muy pequeños y brillantes, cual carbones encendidos.

Estos monstruos viven, por lo general, en los bosques frondosos y húmedos, manteniéndose alejados de los lugares habitados; pero a veces dejan sus escondrijos y marchan a saquear los jardines y plantaciones de los colonos holandeses.

Hace unos cuantos años, uno de aquellos cuadrumanos había tomado la pésima costumbre de devastar los campos de un colono llamado Van Oken.

Aquel flemático hijo de la nebulosa Holanda habíase establecido hacía mucho tiempo en las orillas del Kium con su esposa, una buena y valerosa mujer.

Expatriado con poquísimos florines, aquel buen hombre había logrado poco a poco, trabajando con encarnizamiento, llegar a poseer una hermosa plantación de pimenteros y caña de azúcar que le permitía vivir con holgura. Al ver destrozadas sus cosechas, el holandés había jurado castigar severamente al ladrón, no imaginándose que el autor de aquellos perjuicios fuese uno de aquellos peligrosos habitantes de los bosques.

Diversas veces habíase escondido en varios sitios de sus sembrados sin lograr sorprender al audaz ladrón.

Entretanto la caña de azúcar, llegada ya a la madurez, desaparecía rápidamente. Cada noche zonas enteras eran saqueadas.

Una tarde, apenas puesto el sol, Van Oken regresaba a su casa en compañía de su hijo, un hermoso chiquillo de diez años, el único que tenía, y que como es de suponer adoraba locamente.

Al dar una vuelta por sus plantaciones había advertido que el misterioso ladrón le había hecho nuevos destrozos la noche anterior.

—¿Que no le puedo sorprender jamás? —se preguntó rabioso.— Si sigue a este paso, no recogeré ni siquiera una libra de azúcar este año.

Había atravesado el campo de pimenteros, cuando oyó en medio de las plantas cierto rumor sospechoso.

Imaginándose que fuese el ladrón, el holandés preparó resueltamente el fusil e hizo fuego.

Entre las plantas oyóse un grito que tenía algo de humano, y en seguida pasó velozmente una sombra a través de una espesura, desapareciendo entre las cañas.

—Le he herido de seguro —pensó el holandés.— Es posible que el ladrón no pueda marchar muy lejos.

Recomendó a su hijo que se fuera en seguida a la casa, pues estaba poco lejos de ella, y se internó por entre las plantas, resuelto a descubrir al misterioso ladrón.

No lo veía a causa de la obscuridad y de la altura de las cañas, pero le vió escapar y romper impetuosamente las plantas para abrirse paso.

El holandés, que había vuelto a cargar el fusil, le





seguía lo más rápidamente que le era posible, aprovechando el surco abierto por el fugitivo, pero no lograba ganar terreno, antes bien lo perdía.

Después de una larga carrera, Van Oken dióse cuenta de que se encontraba en el mismo sitio en donde poco antes había dejado a su hijo. El ladrón había descrito un amplio semicírculo, volviendo sobre sus propios pasos.

En aquel momento oyó un grito seguido de un disparo.

Alguien había hecho fuego contra el ladrón.

—¿Quién ha hecho fuego? —gritó.

—Yo, mi amo —respondióle una voz.

Un momento después el holandés vió llegar al borde de la plantación a un malayo que había tomado a su servicio para que le ayudase en sus cultivos.

—¿Sobre quién has disparado, Kalina? —preguntó el holandés.

—Sobre el ladrón.

—¿Le has matado?

—Hacen falta varias balas para matar a esa bestia, mi amo —contestó el viejo malayo.

—¡Una bestia! —exclamó Van Oken. — ¿No es un hombre?

—No, mi amo, es uno de los terribles cuadrumanos que llamamos *orangutanes*.

—¿Iba solo?

—Sí; pero me ha parecido que estrechaba contra su pecho un bulto voluminoso y hasta he creído oír un grito humano.

—¿Que dices, Kalina? —gritó el holandés, poniéndose pálido.

—Lo que le he contado, mi amo. Aquel mono estrechaba un ser viviente entre sus brazos.

—¿Quién era? —gritó Van Oken, con angustia.

—No lo sé, mi amo.

—¿Has visto al niño camino de casa?

—No he visto a nadie —contestó el malayo. — Además yo venía de las plantaciones de pimenteros.

El holandés, presa de una angustia indescriptible, habíase lanzado hacia la casa, que se elevaba en medio de sus campos.

Un atroz presentimiento se le había infiltrado en su corazón, compartido en parte con el malayo.

Apenas llegó, corrió hacia su esposa, gritando:

—¿Dónde está, Alberto?

—No ha vuelto aún —contestó la madre, sorprendida por la pregunta—. ¿No iba contigo?

—¡No le has visto! —gritó el pobre hombre, apoyándose en la pared para no caer.

—No —contestó la madre.

—¡Lo han raptado! ¡Maldición!

—¿Quién? ¿Habla? —gritó la madre sollozando.

—Un orangután.

La pobre mujer cayó al suelo como fulminada.

—Mi amo —dijo el malayo, mientras acudían los criados de la casa, — no se desespere y si quiere salvar al niño no perdamos un momento. Cada instante que pasa hace disminuir las probabilidades de salvarle.

—¡Está perdido!... ¡Perdido! —exclamó el holandés, sollozando y arrancándose los cabellos. — ¡Oh pobre, Alberto mío!

—Venga conmigo, mi amo —dijo Kalina. — Lo encontraremos.

Recomendó a los demás criados que estuviesen al cuidado del ama, y arrastró consigo al colono, diciéndole:

—No es este el momento de llorar, sino de obrar. Me parece que sé el sitio donde el orangután tiene su guarida.

Van Oken había erguido la cabeza, secándose de un manotazo las lágrimas que bañaban sus curtidas mejillas.

—Tienes razón, mi buen Kalina. No es desesperándome como pue-

do salvar a mi pobre Alberto. Es preciso encontrarlo, pues de otro modo su madre se morirá de pena.

—Lo encontraremos, mi amo —respondió el malayo. — Otros niños han sido raptados por esos terribles monos y han sido salvados. Me consta además que sólo son feroces cuando se ven acorralados. Venga conmigo, mi amo, y no se desespere.

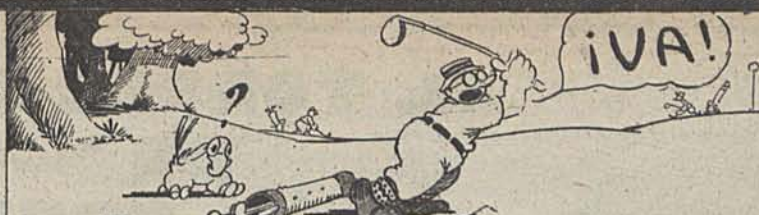
Kalina era un verdadero hombre de los bosques, que conocía perfectamente las costumbres de los orangutanes. Había matado a más de uno en su país, y aunque no ignorase cuán extraordinaria era su fuerza, no les temía.

Antes condujo al holandés allí, donde había hecho fuego, para encontrar las huellas del mono, y una vez descubiertas le hizo observar algunas gotas de sangre esparcidas en las cañas.

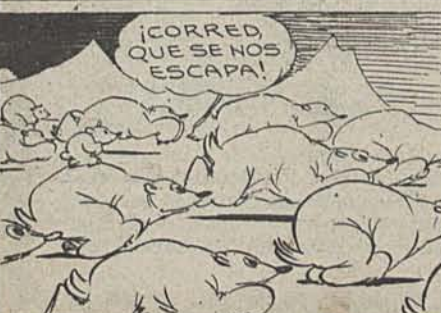
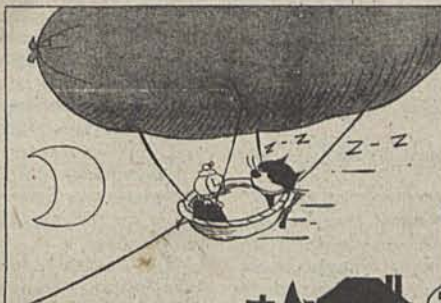
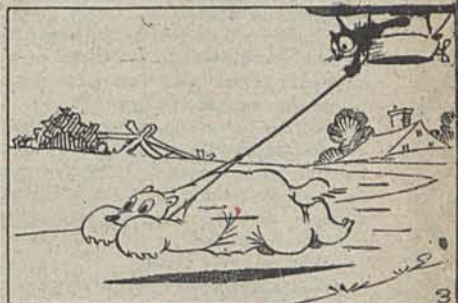
(Continuará en el número próximo.)



LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO





EL TORPEDERO DE PRESA

Dor A. M. GIANELLA

(Continuación.)

comprendido entre los montes Wahsatch y las montañas Rocosas que tantos trabajos costó a los constructores de la línea.

Ya no les separaban de San Francisco mas que unas novecientas millas.

—Este viaje es realmente encantador —dijo el ex director de Nou moviendo la cabeza de arriba a abajo, apenas sir Baker terminó de darles esa noticia—. ¡Es lástima que tenga que acabar tan pronto!

—Sí, no hay duda alguna; la línea central del Pacífico es una de las vías férreas más atractivas del mundo. Se pasa en pocas horas de la ciudad más poblada y tumultuosa al desierto más pobre y silencioso; de los paisajes más amenos, de los cuales la vista se recrea, a los de una espantosa feracidad.

—¡Así es, vive Dios!

—Falta una cosa —observó miss Campbell, mirando por la ventanilla.

—¿Qué es lo que falta, señorita?

—Una de las exterminadas manadas de bisontes que, a veces, eran capaces de detener los trenes, durante horas y horas.

—¡Ah, los bisontes! —exclamó el señor Touchet—. Los vería con mucho gusto.

—Para ello visite el parque de Yellowstone; allí los podrá ver —dijo sir Baker.

—No dejaré de hacerlo cuando se presente la ocasión.

—Y hará usted perfectamente. El bison, *bison americanus*, se puede decir que sólo existe en el estado de esclavitud, encerrado en manadas más o menos numerosas, en los parques y jardines zoológicos y privados. Han sufrido la misma suerte que la raza indígena de estas comarcas, —y al decir esto sir Baker extendió el brazo con la mano abierta y lo hizo girar como para abarcar el vasto horizonte.

—¡Los pieles rojas! —exclamó el señor Touchet.

—Precisamente. Los pieles rojas ya no son más que una expresión etnográfica; la civilización y las carabinas de los exploradores los ha transformado, absorbido o, mejor dicho, destruido. Ahora se puede ver algunos escasos ejemplares acá y acullá, esparcidos en los pequeños y miseros pueblos, privados de su fiera nativa, sin sus antiguos y característicos trajes o quizá sirviendo de espectáculo al público europeo en algún circo.

—Como en el del célebre coronel Cody Búfalo-Bill.

—Precisamente.

—¡Pobre gente! —suspiró la señorita Campbell.— Y pensar que hubo un tiempo en que eran tan numerosos, aguerridos y temerarios que se atrevían a asaltar trenes y asesinar a los viajeros.

—Así era, en efecto.

—Debía ser un espectáculo grandioso.

Sir Baker abrió los ojos asombrado ante aquella inesperada observación.

—Sí. Pero lleno de peligros, especialmente para las señoras. En cambio este largo trayecto se ha hecho tan seguro, que es posible realizarlo sin necesidad de armarse con todo un arsenal...

Interrumpióse, porque el tren entraba con horrible estrépito en un túnel de extraordinaria longitud.

Se hacía de noche.

Maud se estremeció: parecióle que un monstruo fabuloso se tragase de pronto el tren y el pequeño mundo de los viajeros, y con un movimiento instintivo se arrebujó en la amplia capa que llevaba.

Todos los pasajeros del *sleeping*, a un aviso del mozo, se preparaban para meterse en sus camitas; y nuestros cuatro amigos estaban a punto de imitarles, cuando el tren sufrió una fortísima sacudida que apagó la luz eléctrica e hizo chocar a los viajeros unos con otros y con las paredes, y después de un corto espacio de tiempo se detuvo.

Un estupor lleno de inquietud esparcióse por doquier, en medio de la obscuridad que resultaba más profunda y espantosa con aquel violento y repentino paso de la luz a las tinieblas.

Hubo un momento de silencio.

De pronto estalló un clamor de aullidos, de gritos diversos y terribles, mezclados con los ruidos secos de los disparos, y algunas luces rojas brillaron bajo la bóveda, corriendo rápidas y aisladas por los ennegrecidos muros.

Entre las manchas de luz rojiza alargábanse y gesticulaban furiosamente oscuros fantasmas.

¡Dios mío, qué espanto!

Las mujeres chillaban y lloraban, en la incertidumbre del misterioso peligro que presentían; los chiquillos llamaban a sus padres; los hombres, revolver en mano, pálidos y temblorosos, a lo largo del corredor, juraban, disparando al azar contra enemigos apenas visibles, de quienes no sabían, en tanta confusión, si eran hombres o seres vivientes.

Se iba formando una atmósfera pesada y sofocante, impregnada de humo que hacía intolerable aquella parada forzosa bajo el túnel.

Pero, ¿qué pasaba?

Que el tren había sido asaltado, a nadie le cabía duda, aun en medio del confuso terror que nublaba las ideas.

Aquellos gritos amenazadores, aquellos disparos, aquellos hombres desconocidos, con el rostro medio oculto bajo unos sombreros de bajas alas o con pañuelos agujereados en el sitio de los ojos; que entraban, ágiles como monos, en los compartimentos, lo registraban todo y lo apartaban, cogiendo con maravillosa destreza carteras y joyas, huyendo en seguida, rugiendo sordamente, dejando las víctimas aturdidas, dudando si aquello era fruto de alguna pesadilla, todo contribuía a caracterizar el peligro de un asalto nocturno.

—Pero ¿quiénes eran los asaltantes?

—¿Indios?

—¡Oh, no! Los pobres pieles rojas, no; habían desaparecido ya; no hacía mucho que sir Baker lo afirmaba.

—¿Entonces?

—Amigos míos, era sabido que grupos de blancos —mineros sin fortuna, evadidos de presidio, desertores de los barcos, *com-voys* y bandidos que tenían antiguas cuentas que ajustar con la justicia— habían formado una liga y organizado una cuadrilla de atrevidos bandoleros que

recorrían las praderas, obligando a pagar tributo a los pueblos poco defendidos y asaltando a los viajeros aislados del Far-West o de las Sierras, esperando la ocasión de poder llevar a cabo algún buen golpe de mano que les diese fama e hiciese más célebres y más temibles a los *bushrangers* (1) americanos y a su jefe Sam Pierson.

Sam Pierson era un terrible hombrón de cuarenta años, alto y grueso, con unas barbas mal cuidadas y los ojos pequeños y penetrantes bajo unas pobladas cejas; digno capitán de bandoleros.

Pero Sam Pierson era tan astuto y valiente como feo, y al metérsele en la cabeza la idea de asaltar el tren de la vía central dispuso las cosas de modo que el golpe no fallase.

Con el antiguo, pero infalible sistema, de la falsa señal de línea interrumpida, logró parar la locomotora bajo el túnel y echarse con su cuadrilla contra el convoy, poco menos que de improvisó.

De donde resultó que la lucha entre viajeros y los *bushrangers* fué ciega, desordenada y rapidísima.

De pronto el pesado convoy, cual gigante que se liberta con vigorosa sacudida de sus minúsculos agresores, lanzó un silbido agudo y largo, cual grito de triunfo y reanudó furiosamente la carrera, desapareciendo tras una última descarga.

Se detuvo un momento en la estación de Ogden para dar noticias de lo acaecido, y en seguida prosiguió su marcha hacia la ciudad de los mormones, sobre el gran Lago Salado, última estación de importancia antes de llegar a Sacramento.

En la extraña ciudad de los Nuevos Santos, en que el tren se detiene unas cuantas horas, los viajeros bajaron para que las personas más asustadas tomasen algún calmante y curar los heridos, afortunadamente de poca gravedad.

En la confusión del ataque no había sido posible verificar con exactitud los daños sufridos.

Faltaban muchos equipajes, carteras, joyas y documentos; y alguien aseguraba que habían desaparecido algunos viajeros.

En el momento de reanudar el viaje, nadie pensaba, con indiferencia perfectamente norteamericana, en la triste aventura.

Sólo las autoridades tomaban las más enérgicas medidas para disponer tropas destinadas a perseguir y destruir la cuadrilla de los audaces *bushrangers*.

Chicottry, el almirante Wilson, el teniente Bonnet y Sudharanh, acompañados de su representante de policía de Nueva York, llegaron a Sacramento a las tres de una tarde fría, pero serena.

Un comisario les esperaba a su llegada, y apenas descendieron del tren les condujo en un coche a la oficina.

Durante el trayecto, los viajeros permanecían callados, pero veíase claramente que estaban impacientes, no podían permanecer quietos un momento y maldecían entre dientes cada vez que el vehículo se veía obligado a retrasarse ante cualquier obstáculo.

—¡Por vida de todos los demonios! —hubo de exclamar más de una vez Cipriano— Sacramento es una ciudad insoportable...

¡Cuánta verdad es que la impaciencia y el amor hacen injusto al hombre!

Por fin llegaron y fueron introducidos a un espacioso gabinete en donde se disfrutaba de una agradable calefacción.

(1) *Bushrangers* significa literalmente *vagabundo de los bosques*; pero en inglés sirve para calificar a los bandidos de los desiertos y bosques americanos, australianos o del África austral.

—Con permiso de ustedes —dijo el comisario, dejándoles solos— voy en busca de los detenidos:

Chicottry se inclinó, y dejóse caer en un sillón, poniéndose a contar las baldosas del suelo, mientras el almirante Wilson y el teniente, más nerviosos, se paseaban con las manos a la espalda, y Sudharanh, junto a una ventana cerrada, trazaba con el dedo índice sobre los cristales cubiertos de humedad, una pequeña horca de la que colgaba el cuerpo de un hombre: sin duda el de su odiado enemigo.

Un rumor les distrajo de pronto de aquellas diversas ocupaciones.

La puerta se abrió y una voz dijo:

—Pasad.

Una mujer y tres hombres entraron, miraron en torno, llenos de curiosidad.

Wilson y Cipriano palidecieron, Chicottry se puso encarnado y el malayo se mordió el puño.

Las cuatro personas eran cuatro desconocidos.

—¿Quién les ha detenido? —preguntó el agente francés al comisario.

—Yo.

—¿Usted?... Bravisimo.

—Son ellos, entonces...

—Señor comisario —prosiguió diciendo Chicottry, con tristeza algo irónica— ponga en libertad a esos señores que por culpa de usted se han visto obligados a conocer la estancia vergonzosa en los calabozos de la policía.

—¿Qué dice?... ¿Por qué he de soltarlos?...

—Por que estos señores no tienen nada que ver con las personas que buscamos.

—Sin embargo, las señas...

—¿Qué señas, ni qué niño muerto! Ni una sola de ellas corresponde...

—¡Pues la señora es rubia!...

—¿Y quién le ha dicho que detenga a todas las rubias? Siguiendo este criterio tendría que detener a tres cuartas partes de inglesas, alemanas y norteamericanas, sin contar con las de los demás países. Ea, mi querido colega, otra vez, permítame que se lo diga, tenga un poco más de ojo y un poquito más de cuidado: en Francia no habría cometido tal despropósito ni el último de los agentes...

El pobre comisario estaba tan humillado, que Chicottry para no parecer despiadado en exceso, añadió cambiando de conversación:

—Nosotros nos marchamos en seguida. Dentro de una hora hay un tren que sale para San Francisco; cojámoslo y ¡Dios haga que allí seamos... más afortunados!

Hizo un ligero saludo y salió, arrastrando detrás de él a sus compañeros, descorazonados ante aquella nueva desventura y con el presentimiento de encontrarse con otra igual al llegar a la gran ciudad del Pacífico.

Desgraciadamente no se engañaban.

Lo mismo que en Sacramento, en San Francisco los agentes de la policía californiana se habían tirado una plancha descomunal, poniendo presos a los más inofensivos ciudadanos, porque tenían la mala sombra de tener alguna vaga semejanza con las personas que buscaba Chicottry.

Ante aquel último golpe que les quitaba toda esperanza de éxito, el almirante y el teniente, como los más interesados en el asunto, por tomar parte en él con todo el corazón, no pudiendo resistir por más tiempo, y dominados por la desesperación, echáronse a llorar.

Todo se ponía frente a ellos: un destino invencible protegía al temible jefe de los evadidos de Nou, le limpiaba la vía de toda clase de obstáculos para hacerle triunfar siempre y perder a la pobre joven que había encendido, sin ella quererlo, una pasión tan funesta en el corazón de aquel malvado.

(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



DESPIERTATE, CURRINCHE, QUE SON LAS DOCE



YA HAGO POR DESPERTARME, PERO NO PUEDO

LEVANTATE EN SEGUIDA QUE ES HORRIBLE LO QUE ME PASA, CURRINCHE. SE ME HA PERDIDO EL GEMELO DEL CUELLO QUE ERA UN TIERNISIMO RECUERDO DE FAMILIA.



YO CREO QUE SE HA FUGADO POR ESA RENDIJA.

PUES AHORA MISMO VOY POR UNA PALANCA Y VERÁ QUE PRONTO LO DETENGO. LOS AMIGOS SON PARA LAS OCASIONES



ANIMO, DON TURULATO, QUE YA ES NUESTRO

ESTOY HACIENDO UNA FUERZA DE LO MENOS CUARENTA H.P.



¡QUE NEGRO LO VEO TODO, DON TURULATO!

NO DESMAYES CURRINCHE. HAY QUE ENCONTRAR EL GEMELO, VIVO O MUERTO.



¡ATIZA! ¡HEMOS VENIDO A PARAR A LA AL-CANTARILLA!

YO ESTOY VIOLENTISIMO. AMI NO ME GUSTA METERME EN HONDURAS



¡MANOS ARRIBA Y YA NOS ESTAIS DANDO LOS TRAJES QUE LLEVAIS PUESTOS.



BANDO

1000 PESETAS ALQUE CAPTURE A LOS TERRIBLES BANDIDOS EL CUCO Y EL CACO.

El Cuco es bajito y viste traje a lunares

El Caco es mas alto y lleva traje a cuadros.



OYE CURRINCHE, ¿TE FIJAS COM QUE ESPANTO NOS MIRA LA GENTE.

YO CREO QUE DESPUES DE ESTAS VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE SUBTERRANEO HEMOS VENIDO A SALIR A UNA TIERRA DE SALVAJES



¡A ESOS!

¡EL CUCO!

¡AHÍ VA EL CACO!





POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



CUENTOS DE CALLEJA

LA SUEGRA DEL DIABLO

Cashillo



El demonio quería a todo trance, hacer de las suyas; que es en él, diantre, hacer diabluras lo que hacer dulces el confitero: cosas del oficio.

Y la causa de tal determinación era que veía mermar de un modo alarmante el número de los condenados que diariamente bajaban a tostarse a fuego lento en las calderas famosísimas de Perico Botero.

—Aquí hay gato encerrado —se dijo, después de echar sus cuentas y comparar los ingresos de cada día con los de igual fecha del año anterior.

El diablo, que no sé por qué se me figura que ha de estar muy fuerte en estadística, se convenció de que la cosa reclamaba un enérgico remedio, y convocó inmediatamente a consejo general, haciendo sonar un enorme cascabel que tenía clavado en el cuerno derecho.

El penetrante sonido de aquella rara campanilla atrajo alrededor de Luzbel unos setecientos demonios, entre mayores y menores, los cuales hicieron una profunda reverencia a su jefe y le preguntaron la causa de aquel inusitado llamamiento.

—Os he llamado —gruñó Luzbel— para manifestaros que es preciso que uno de vosotros, el más listo, baje a la Tierra y allí abra una extensa información sobre la lenta, pero continua merma que sufre el número de condenados.

Como en el infierno no se conoce la modestia, que es una virtud, y, como tal, se haya desterrada de aquellos lugares, todos los demonios gritaron:

—¡El más listo soy yo!

—¡Callad, bellacos! —rugió Luzbel—. Casi todos los que os decís listos sois unos marmolillos. Que vaya Camándulas, que es un demonio de los más traviesos.

Y dicho y hecho: Camándulas, en dos zancadas, se puso en la Tierra, tomando la apariencia de un hombre.

El teatro de su primera campaña fué Turquía; para no despertar sospechas y para poder estudiar a fondo el asunto que le estaba encomendado, pensó que lo mejor era casarse, y se casó con una mora que tenía

una madre de genio feroz, capaz de armarle al yerno una pelotera en el filo de una espada.

El mismo día de la boda, sobre si la comida estaba dulce o salada, la suegra atizó al diablo tan descomunal bofetada, que le saltó cuatro dientes y dos muelas. ¡Si apretaría con gana la buena señora, que los dientes salieron como balas y se le clavaron en el cogote al juez que presidía la ceremonia!

—Mal principio ha tenido esta boda —exclamó el diablo.

Nunca lo hubiera dicho, porque la suegra, enfurecida, le tiró una botella a la cabeza, que por poco le deja en el sitio.

De aquellas maternales caricias, la buena señora propinaba quince o veinte diarias a su yerno, y éste, que, fatigado de tan continua sopapina, intentó una vez devolver golpe por golpe, salió tan mal librado, que no se atrevió a volver a defenderse. Era una fiera aquel a suegra.

Por la mañana le daba de almorzar adoquines en adobo, y le decía:

—¡Come, que es bacalao de Escocia!

El diablo intentaba mascar aquellas piedras, pero se mellaba las muelas sin conseguirlo.

Al mediodía, ya era sabida la comida de Camándulas: se componía de sopa de virutas, papel viejo a la mayonesa, y de postre, ladrillos calientes

en acibar. Con esto, y en vez de vino agua de fregar, se empeñaba la suegra en que el diablo engordara, diciéndole cuando rechazaba los platos:

—¿Tendrás la poca vergüenza de decir que esto no está riquísimo? Como lo digas, te salto un ojo.

—¡Qué he de decir yo, señora! Esto está guisado admirablemente; sólo que no tengo apetito.

Tan fiera resultó la buena señora, que parecía se habían cambiado los papeles, porque Camándulas, con ser diablo, la cobró un miedo espantoso. Tanto, que un día tuvo que fugarse de su domicilio, perseguido por su suegra y acompañado de media docena de descabraduras que le hiciera la bondadosa madre al estrecharle un armario ropero en la cabeza.

El pobre diablo corrió tres o cuatro horas a campo traviesa, hasta que fué a dar con su cuerpo en una





choza. Allí rogó al pastor que le escondiera, ofreciéndole cuanto le pidiese a cambio de este favor.

A poco llegó la suegra, cuchillo en mano, gritando: —¿Dónde está ese pillo? ¡Traémele que le voy a hacer salchichón!

Y manejaba la herramienta de un modo alarmante. Mas el pastor, compadecido del diablo, dijo a la suegra:

—Señora, hace poco pasó por aquí, a todo correr, un hombre hacia la montaña.

—¡Ese debe ser! —gritó la vieja y se encaminó a toda prisa a la dirección indicada.

Pasado el peligro, Camándulas se dispuso a cumplir su palabra, cosa bien rara en un demonio, revelando quién era y prometiendo enriquecerlo.

Como no llevaba encima ni un solo céntimo, porque era, repito, un pobre diablo, convino con el pastor lo siguiente:

—Cuando oigas decir —contaba al pastor— que alguna dama rica está endemoniada, no dudes que soy yo el que ha entrado en su cuerpo. Ve adonde sea y dices al oído de la enferma: «Vete, Camándulas»; y en el acto desalojaré mis posiciones. Pero conste que sólo te obedeceré por tres veces.

El pastor siguió al pie de la letra el consejo, y en tres ocasiones distintas expulsó a Camándulas de otros tantos cuerpos humanos, ganándose buenas monedas de oro.

Pero un día enfermó el hijo del sultán, y fué opinión general que el heredero del trono estaba poseído del demonio.

En tal apuro, se pensó en el pastor que había realizado tres curas maravillosas.

El infeliz se negaba, a pesar de cuanto le ofrecieron, porque sabía que Camándulas aquella vez no le obedecería; pero el sultán no se anduvo con preámbulos. Le mandó traer atado codo con codo, y, una vez llegado a la corte, le puso en la siguiente alternativa:

—O curas al futuro sultán, en cuyo caso te haré un regalo, o te mando degollar.

Bien sabía el pastor que Camándulas era muy capaz de dejarle en aquel atolladero, por lo cual tomó toda clase de precauciones.

Cogió al enfermo y lo llevó a una habitación reservada, en donde tenía preparada una formidable orquesta, formada de tambores, bombos, platillos y trombones, dispuestos a hacer un infernal estrépito a la menor indi-

cación. Hecho esto, se acercó al hijo del sultán y le dijo al oído:

—¿Estás ahí, Camándulas?

—Aquí estoy —contestó el diablo.

—Ya ves en el apuro en que me hallo. Si no te vas ahora mismo me matan; conque hazme el favor de largarte con viento fresco.

—De ninguna manera.

—¿Y si me degüellan?

—Que te degüellen. ¿A mí qué me importa?

—¡Ah, traidor, ya verás!

Y al hacer una señal, los cuarenta músicos se dispararon, por decirlo así, haciendo un ruido tremebundo.

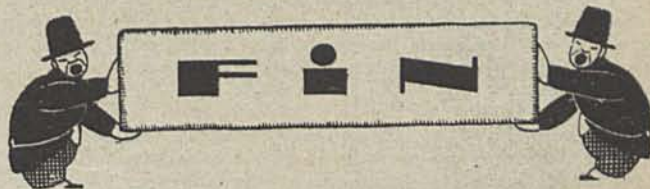
El demonio se asustó, y con voz que procuró hacer un tanto melosa dijo al pastor:

—¿Qué es eso, amigo mío? ¿Por qué tal alboroto?

—Es —dijo el pastor— tu suegra, que viene a buscarte.

Oír esto el diablo y salir escapado como un rayo, fué cuestión de un instante; y, según verídicas relaciones, no paró hasta los propios infiernos, y aún allí no se consideraba a salvo de las uñas de su irascible mamá política.

Todavía suele volver a la Tierra de vez en cuando; pero ya no se llama Camándulas, sino *Malas Pasiones*, y con este nombre es conocido en cuanto invade un corazón. Su verdadera perseguidora es la Virtud. Acorazados con ella podéis reiros de Camándulas y de todos sus compañeros. Sin ella estaréis a merced suya, sin apercibiros vosotros mismos.



Colaboración de Papás Pinochistas
Todos los papás de niños pinochistas pueden enviarnos trabajos para esta nueva Sección de Pinocho



¿QUE QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón, ¿de qué vamos a hablar hoy?
—Hoy dejo que tú elijas el tema, mi querido buho. Me hables de lo que me hables, te anticipo que ha de interesarme mucho.
—Voy, pues, a hablarte del animal más alto de todos los animales.

—¿Del elefante?

—No, señor; de la jirafa, que es más alta aún que el elefante.

—Esto no lo sabía yo. Estaba en la creencia de que ninguno superaba en altura al elefante, pero ya veo que hay quien le gana.

—Y con mucha ventaja, Chononcito. El elefante más alto le llegará a la mitad a una jirafa de regular altura.

—Pues entonces tendrán lo menos cinco o seis metros, porque yo he visto elefantes en el circo de una altura no inferior a tres metros.

—Desde luego hay jirafas que pasan de seis metros, contados desde la cabeza al suelo. Lo que a estos animales les hace ganar tanta altura es el descomunal cuello, que es tan largo como el resto del cuerpo. Es curioso el detalle de que, a pesar de esta longitud, sólo tenga siete vértebras.

—¿Todo el animal?

—No, hombre; hablo del cuello nada más. La figura de la jirafa es extraña y desde luego muy desproporcionada. Sus patas son largas con exceso, pero sobre todo las delanteras lo son extraordinariamente.

—Entonces llegará sin dificultad alguna a las ramas de los árboles.

—Precisamente es en ellas donde este animal busca su alimento. Las ramas de las acacias, cuyo árbol ya sabes que no tiene ramas bajas, constituyen su manjar predilecto.

—Me parece recordar que la acacia tiene bastantes espinas, y esto me hace pensar que tendrá que comer con cuidado para que no se le pinchen los hocicos.

—Afortunadamente para ella está dotada de curiosas facultades para defenderse de todos los peligros espinosos. El hocico, los labios y la lengua tienen una piel durísima que le sirve de coraza protectora.

—Pero también le quitará sensibilidad.

—Lo curioso es precisamente que, a pesar de esta dureza, son aquellos órganos muy sensibles y de una flexibilidad maravillosa, hasta el punto de que la lengua llega a veces a tomar una forma completamente puntiaguda. Gracias a esta disposición puede el animal penetrar su hocico a través de ramas aguzadas de espinas y escoger para su alimento las hojas y brotes tiernos que hay en los árboles.

—¿De qué color es la jirafa?

—Toda su piel es blanca rojiza, caprichosamente cubierta de grandes manchas oscuras, cuyo contorno irregular ofrece una armonía decorativa muy interesante.

—Claro que si tiene las patas tan largas correrá mucho, ¿verdad?

—Cuando emprende su veloz carrera no hay caballo, por muy ligero que sea, que pueda alcanzarla. Esta ventajosa propiedad la pone también a salvo de la acometividad de las fieras.

—¿Es cobarde?

—Más que cobarde es tímida y prudente, como lo son muchos animales; pero llegado el caso de tener que defenderse lo hace con energía y valiéndose de los recursos de que está dotada. Estos recursos son las patas traseras, con las que da tremendas coces y con

una rapidez tan extraordinaria que no es posible seguir el movimiento con la vista.

—Dime, querido buho, y si este animal se encuentra en para-
jes donde no haya árboles, ¿cómo se las arregla para alimentarse?

—Nutriéndose de yerba, aunque lo ha de hacer con bastante dificultad, pues dada la longitud de su cuello y la altura de sus patas no puede llegar con la boca al suelo si no abre excesivamente sus patas delanteras, lo que le hace adoptar una postura rarísima e incómoda.

Bien es verdad que la desproporción de sus miembros le da siempre ese aspecto raro, ¿no te parece?

—Sin embargo, cuando anda tiene cierto aspecto airoso, porque balancea el cuello a compás de sus pasos con un movimiento que no deja de ser gracioso. En cambio, cuando se encuentra aburrida, como les ocurre a los desdichados ejemplares que se ven encerrados en las jaulas de un parque zoológico, empiezan a dar vueltas haciendo las más raras contorsiones, que provocan la hilaridad de los espectadores.

—Es que eso de verse encerrado en una jaula debe de ser algo aburrido, ¿verdad, buho?

—Aburridísimo y desesperante. Yo creo que es preferible perder la vida antes que la libertad, y más aún perderla dentro de la jaula de un parque zoológico, donde sólo se sirve para espectáculo y recreo de los demás. A mí me subleva pensar que hay semejantes míos que ven el mundo a través de los hierros de una jaula. Ni más ni menos que si hubiesen cometido un delito y los hubiesen encerrado en una cárcel.

—Es cierto, pero tienes que pensar que en los parques zoológicos tratan a los animales a pedir de boca. Tienen buena vivienda, buenos alimentos y buenos cuidados.

—¿Y qué quieres decir con esto? ¿Es que te resignarías tú a vivir encerrado en una jaula de oro donde no te faltasen los manjares más apetecidos?

—De ninguna manera, buho. Yo quiero estar completamente libre para ver cosas nuevas y para ir donde se me apetezca. Si me privasen de libertad creo que me moriría.

—¡Ah! Pues el mismo derecho que tú tienen todos los animalitos, ya lo sabes.

—Bueno, no te enfades. No es preciso que des esos puñetazos en la mesa. Cálmate, amigo buho, que es posible que yo no haya reflexionado bien lo que he dicho.

—Naturalmente que no. Ni tu cultura ni tus sentimientos pueden permitirte que seas partidario de esa ley que por ser para unos ancha y para otros estrecha la llaman la ley del embudo.

—Puedes estar seguro de que no me gusta esa ley. Y quedamos en que no te enfades.

—Conforme. Pero conste que los animales tenemos el mismo derecho que los seres racionales a vivir en libertad.

—Si, señor, que conste, y que conste también que los animales tienen en mí un gran amigo y un decidido protector.

—Entonces choca esa mano y seguiremos tan amigos como siempre.

—Naturalmente. Tú y yo no podemos nunca dejar de ser quien somos: tú el buho sabio y complaciente, y yo Chonón el curioso y el preguntón; pero los dos uno solo en tocante a amistad. Uno solo, inquebrantable y eternamente.



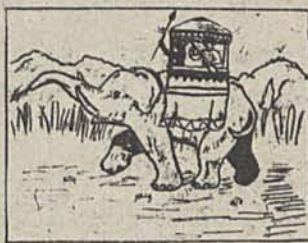
COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE FEBRERO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Eugenia Pereyra, vista por MERCEDES REY.



Una casa en la selva. E. MARTÍN.

CUPON
DE
COLABORACION
PINOCHISTA

ESTE CUPON SIRVE PARA ENVIAR UN SOLO TRABAJO.



Los cuentos del abuelo. E. CASTRO.



Pinocho y su caballo. CARLOS UGUA.



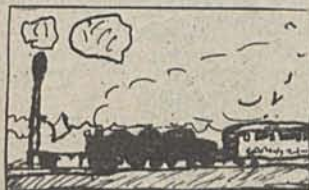
Moronguis. JOSÉ A. RODRÍGUEZ.



Mi prima Fabiana. ANTONIA TALEGÓN.



Una maceta. R. SALIZA.



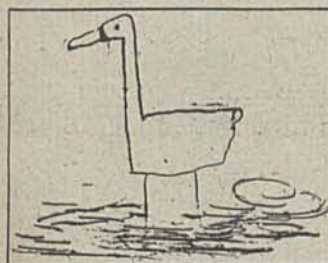
Llegando al disco. ALEJANDRO MIRET.



Un torero. DOMINGO VILLALBA.



Un turco. LINO CURRÁS.



Un pato. JOSÉ M. A. CASCOS.

Recorrido madrileño.—Calles combinadas.

Tomaron una moto, la cual, después de un gran recorrido, los hizo pasar por Embajadores; ellos se avergonzaron, ofendidos de la moto, y en el Portillo encontraron a la Ronda, la cual los condujo a un Mesón (de Paredes), donde con Miguel Servet encontraron a Amparo; se metieron después en un Monte, donde los recibieron con Piedad; al salir, Fray Luis de León les indicó dónde estaba Valencia, y el Doctor Fourquet les recetó para el sudor Lavapiés. Entonces, dijo uno con Fe: «¡Ave María! ¿No ves con qué Esperanza, San Carlos, junto al Olivar, con Tres Peces, cómo quiere subir por el Olmo, para unirse a Santa Isabel?» Y cogiendo la Rosa, exclamó: «¡Qué Cabeza, Dios mío!», y la Magdalena, atravesando un Olivar, los llevó al Calvario, donde Jesús y María les Encomienda que con la Espada vayan en busca de Nicolás Salmerón para que no les diese la lata Cascorro; para que, por medio de los Estudios y con la idea del Progreso, acompañados del Duque de Alba, pudieran ver al Conde de Romanones. Llegaron a Santa Cruz y les indicó una Plaza Mayor, donde vieron a Felipe III con unas Botoneras: el Siete de Julio, el cual les dijo: «¡Irac a Toledo, y si queréis, podéis también marchar a Segovia, aunque esté la Puerta Cerrada, pues ya os guiará el Nuncio; cuando lleguéis al Alamo os subís al Almendro, y desde allí veréis la Cebada. No asustarse de una Plaza que es Puerta de Moros, pues allí veréis a San Andrés, Don Pedro y San Francisco el Grande. Pero, al ver Tabernillas con el vuelo rápido de un Águila y aunque iban acompañados por el Ángel, los engañaron, pues sólo le dieron de beber Aguas, y entonces exclamaron: «Para esto nos vamos a la FuenteCilla, pues esto es un continuo Humilladero.» Y allí encontraron un Bohemio que con tantos giros los mareó, llevándolos por Toledo con una fuerza bastante Ruda a Santa Ana, la cual los recibió con Cariño. Nosotros nos separamos de ellos, pues mi compañero era bastante orgulloso y quería pasar por Velázquez; pero le dijeron: «Serrano.» Yo me fui a Bilbao, con idea de ver a Sagasta; pero me encontré a Quevedo, saludé a la Princesa, y al decirme que Santa Engracia y Santa Bárbara se habían ido de excursión a Fuencarral, y que San Mateo y San Simón la había llevado a la Farmacia, yo fui a decirselo a San Bernardo, el cual me mandó a ver a Santo Domingo, y por asuntos Preciados me mantuve algo Callao, y sin darme cuenta atravesé a Tudescos, encontrándome con la Corredera, la cual me dio asco y miedo; salí corriendo, y oí una voz, procedente de la Luna, que me dijo: «¡No te asustes, hombre, y Silva! que en el Callejón está el Perro y él te salvará del Compromiso.»

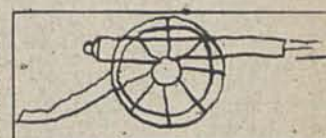
MANUEL NIETO
10 años.

Cuento.

En un pueblo, llamado Farsalia, había una familia muy pobre, que se componía de los siguientes: padre, madre e hijo.
El niño, llamado Pedrin, era bueno como el pan y el consuelo de sus padres.
Un buen día salió Pedrin, como de costumbre, a cuidar las ovejas; llevaba un buen pedazo de pan en la mano. Allí, a la orilla del camino, había un pobre anciano tumbado en el suelo; al pasar Pedrin, el pobre le pidió un poquito de pan, y entonces Pedrin le dio, no sólo un poquito, sino todo, que era lo que tenía para comer él en todo el día. El pobre le bendijo muy agradecido y con la misma se marchó. Pedrin siguió caminando tan contento como si hubiera comido su comida, y, por la noche, se fue a su casa tan tranquilo.

Al otro día sucedió la misma faena, sólo que el pobre entabló más conversación que el día anterior, y Pedrin, como siempre, tan tranquilo.
Al día siguiente, Pedrin no le dio sólo el pan, sino que también le dijo que fuera a su casa, que allí le darian más cosas.
Entonces fue lo maravilloso: el pobre le dijo: «Hijo mío, yo soy San José, el padre del niño Jesús. Yo te he probado y he visto que eres el niño más bueno y más caritativo que hay en el mundo, conque por eso, cuando vayas a tu casa, te encontrarás rico y, además, puedes pedir tres cosas, que el santo Niño Jesús te las concederá.»
El niño, extasiado, se abrazó a San José, y dijo: «Lo que pido es: primera, la gloria para mis padres; segunda, la gloria para mí; tercera, que perdonen al criminal que van a ahorcar, porque no tiene culpa, lo sé yo.»
«—Todo concedido, hijo mío.» —y desapareció el santo.
El niño, cuando llegó a su casa, se encontró con un magnífico palacio.

ADELINA MORENO.



Un cañón. MATILDE CABELLO.



Una locomotora. EDUARDO TALEGÓN.



Un pesquero. LUCAS LIZAUR.



Una china. LUISA FERNÁNDEZ.



Sam Sam. FRANCISCO P. MIRAVETE.



Mi casa de campo. ALFONSO FERNÁNDEZ.

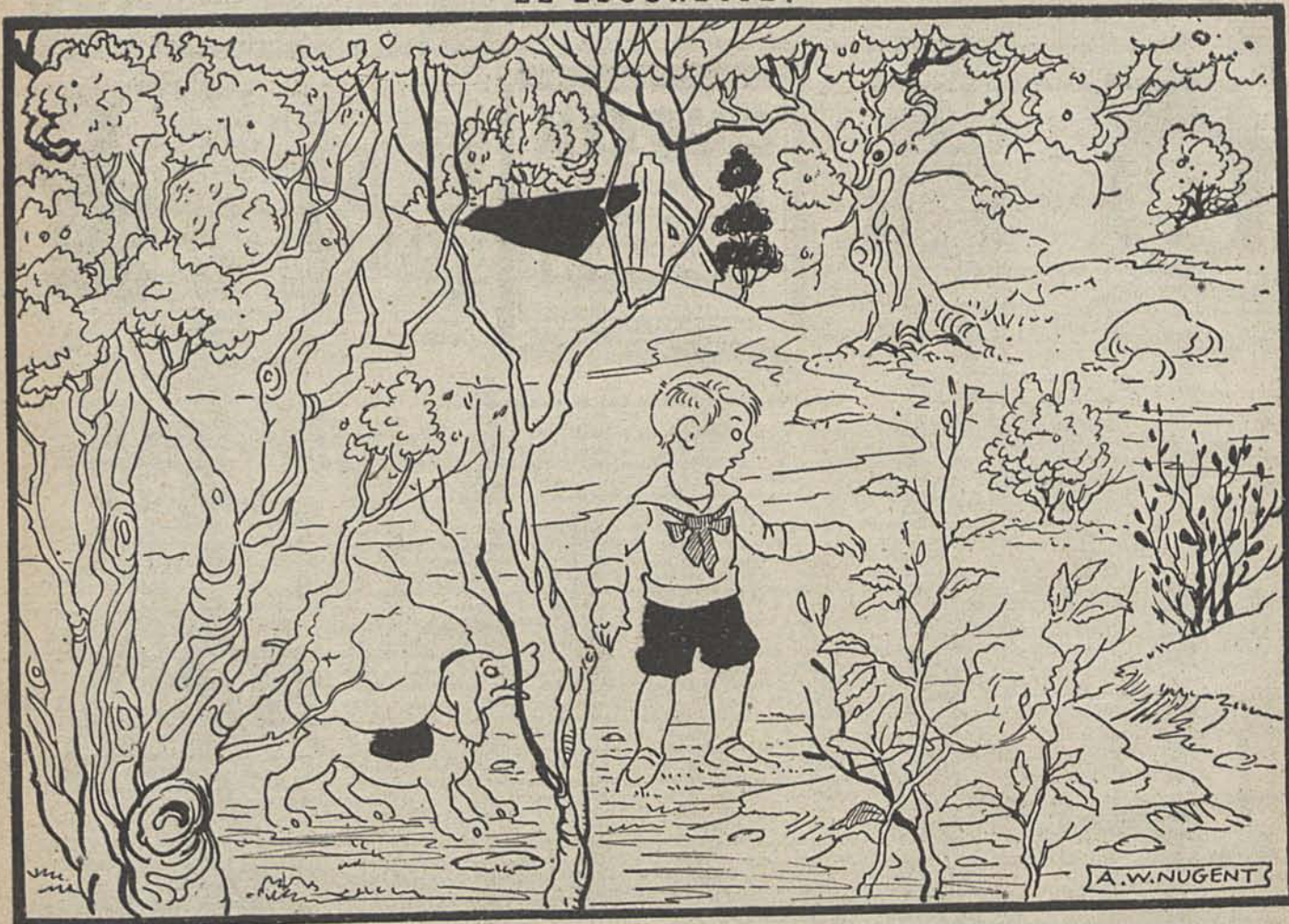


Tin, por P. MOTA.

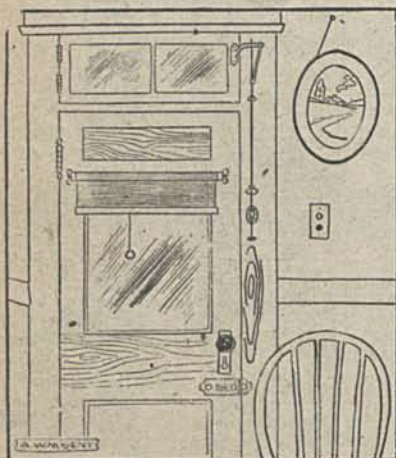
CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE FEBRERO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

EL ESCONDITE.



Vamos a jugar un rato al escondite. Juanito se queda. Pepe, María, Laurita y Mercedes se han escondido. Ya han dicho ¡orí!, que quiere decir «ya puedes empezar a buscarlos». Juanito se ha cansado de dar vueltas y no consigue encontrar a nadie. Ayudémosle nosotros. Hay que buscar a tres niñas y un niño. ¿Dónde se hallan?



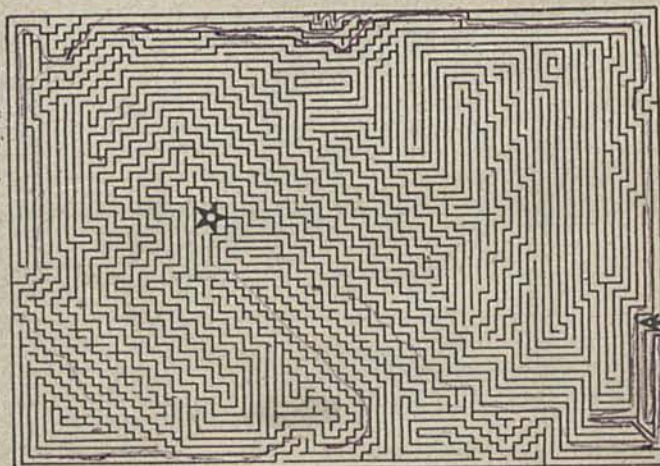
DIBUJO CON ERRORES

Cinco errores hay en el presente dibujo, y como son tan pocos, no os digo ninguno como ejemplo. Fijaos bien y los hallaréis:

— 0 — 0 — 0 —

LABERINTO

Entrad por la puerta señalada con una flecha y llegad a la plazaleta marcada con una estrella.



SOLUCIONES DE LOS PROBLEMAS Y PASATIEMPOS CORRESPONDIENTES AL MES DE JUNIO

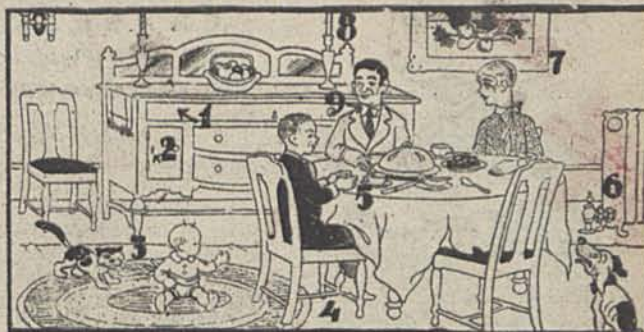
NÚMEROS 120, 121, 122 Y 123

DIBUJO CON ERRORES



1. Falte gancho a las gafas.—2. Trineo al revés.—3. Falta oreja. 4. Falta una cuerda al trineo.—5. Guantes diferentes.—6. Cuatro dedos.—7. Falta botín en una pierna.

DIBUJO CON ERRORES



1. Falta agarrador en la cómoda.—2. Cerradura fuera de su sitio.—3. Falta ojo al gato.—4. Travesaño al revés.—5. Cuchara en la taza al revés.—6. Radiador con la llave al revés.—7. Esquinas del cuadro diferentes.—8. Velas desiguales.—9. Cuello con puntas diferentes.

DIBUJO CON ERRORES



1. Violín sin cuerdas.—2. Lentes con cristales desiguales.—3. Cuadro con la vela del barco en una dirección y la bandera en otra.—4. Pie de lámpara descentrado.—5. Falta agujero en el candelero.—6. Falta contera en la sombrilla.—7. Eje de las manillas descentrado —8. Hoja mayor que las cachas.—9. Al peine le faltan púas.

DIBUJO CON ERRORES



1. Tirante roto.—2. Al cochecito le falta una rueda.—3. Falta agujero al trineo. 4. Falta soporte a la carretilla.—5. Patín con el guía torcido.—6, 7 y 8.—Falta radio en las ruedas y un eje descentrado.—9. Patín con guía torcido.—10. Faltan radios. 11. Faltan pedales.—12. Falta cola del disparador.—13. Falta ojo al osito.—14. Punto de mira al revés.—15 y 16. A la bomba le faltan: varas al caballo y una rueda.—17. Falta una ruedecita al cordero.

EL GALLO Y LA GALLINA



ROMPECABEZAS



LA EDAD DE JUANITO, SU MAMÁ Y SU HERMANA

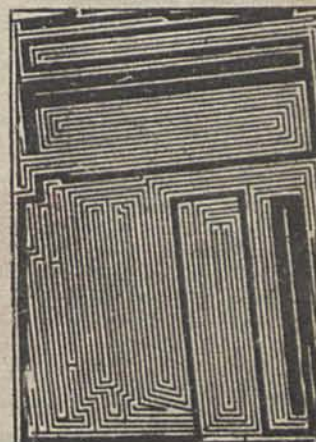


Quando se mudaron, Juanito tenía un año; su hermana, once, y su mamá, treinta y seis. Ahora, Juanito tiene diez años, y su hermana, veinte.

LA TORTUGA GIGANTE



LABERINTO



Sección Pirula

CHARLAS DE PIRULA... BORDADORA



Un bordado balkánico.—Este dibujo balkánico, o sea de los Balkanes...

A propósito: ¿habéis estado alguna vez en los Balkanes?

¿No? Me alegro que me lo digáis así, porque el otro día hice la misma pregunta a otras amiguitas mías y va una de ellas, Chichi, y contesta: «¡Ya lo creo que he estado en los Balkanes! Como que voy a diario a pasarme la tarde allí»

¡Se creía que los Balkanes eran algún cine, o un salón de té, o unos almacenes!

Se llevó luego un chasco tremendo, porque de un golpe demostró dos cosas, las dos muy feas: una, que es una ignorante, puesto que no sabe (al contrario de vosotros que lo sabéis todos muy bien) que los Balkanes son el conjunto de montañas que forman la cordillera de este nombre, que corre desde el mar Adriático hasta el mar Negro. Por extensión reciben este nombre los países del sudeste de Europa (Rumania, Bulgaria, Serbia, Grecia, Turquía y Montenegro).

Lo segundo que demostró Chichi es que es una grandísima embustera (bueno, embustera, sí; pero grandísima no: un metro treinta y tres a lo sumo), que miente más que habla y que se merece que no crea nadie lo que dice.

Su primito Luisín, esperando corregirla de tan antipática costumbre, le dijo hace pocos días:

—Mira, vamos a ver cuál de los dos tiene más imaginación; nos contaremos todos los embustes que se nos ocurran y el primero que diga: «Mentiral» se declarará vencido y habrá perdido.

—Bueno, y ¿qué es lo que ha perdido?

—Pues ha perdido el derecho a decir ni una mentira durante un año.

Claro está que el derecho a mentir no lo tiene nadie; pero de todos modos no estaba mal la idea de Luisín, pues pensaba: «Si yo pierdo, me tiene sin cuidado, puesto que no miento nunca; y si pierde Chichi y tiene que decir la verdad por espacio de un año entero, puede que se desacostumbre de mentir para toda la vida.

Y empezaron el «concurso».

Yo vivo —dijo Chichi— en una casa tan grande, que si se toca la trompa en la cocina no se oye en el comedor.

—¡Vaya una cosa! —repuso Luisín—. Mis papás tienen en el campo una finca tan hermosa que un día entró una becerria recién nacida por una puerta, no paró de correr, y cuando salió por la otra puerta ya era vaca.

—¿Y qué es eso comparado con la cantidad de pasteles que me comí yo el día de mi santo? —exclamó Chichi—. Con decirte que me los trajeron en una bandeja y hubo que echar abajo la pared porque no cabían por la puerta.

—¡Bah! —dijo Luisín—, como si algo tu-

viera eso de particular. Más sorprendente es el vestido de baile que le acaban de hacer a mi mamá: es de gasa tan fina, que la modista, al enhebrar la aguja, se equivocó... y en lugar de pasar por el ojo de la aguja, una hebra de seda, pasó toda la tela del traje.

—Es posible —dijo Chichi—; y yo el domingo estuve en una corrida de toros y había un toro de testuz tan ancho, que un hombre sentado sobre uno de los cuernos hubiera necesitado un telescopio para ver el otro cuerno.

—A mí —dijo entonces Luisín— me ha sucedido hace poco una aventura muy graciosa. Figúrate que mi padre me compró una jaquita preciosa para que aprendiera a montar; y cuando más entretenido estaba yo paseando en mi jaquita, va el animalito y se cae en un hoyo que había en el suelo; a mí no me pasó nada, pero la pobre jaca se partió la columna vertebral; vino el veterinario y se la sustituyó la rama de un pino y yo seguí montándola como si tal cosa, cuando un día, de pronto, empieza la rama a crecer tanto que a los pocos momentos me vi en el cielo; allí había una dama que hilaba la blanca espuma del mar tejiendo nubes; me ofreció una cuerda hecha con aquel hilo maravilloso, y cuando yo me divertía colgándome de la cuerda, ¡jrrracl, se rompe y me caigo en las entrañas de la tierra. Desde aquella profundidad miré por un agujero, que no era sino el cráter de un volcán, y ¿qué veo? Pues te veo a ti, volvías de la escuela con el cuaderno lleno de ceros y tu papá se enfadaba mucho contigo y te daba un par de azotes.

—¡Mentiral —gritó Chichi furiosa—. Ni me ponen ceros en clase ni me da azotes mi papá.

—¡Ja, ja, ja! —gritó Luisín riendo y dando palmadas—. ¡Has dicho mentiral! Estás vencida.

Y Chichi tuvo que prometer que no volvería a proferir una sola mentira durante un año. Pero ¡ay! no ha cumplido su palabra, como lo demuestra el reciente embuste de los Balkanes.

Porque ya volvemos a los Balkanes; ¡cuidado que nos habíamos alejado de ellos! Lo menos, lo menos estábamos ya en Laponia o en Zululandia.

Volvamos pues a los Balkanes, o, mejor dicho a nuestro bordado balkánico.

Lo haremos al pasado; en colores muy vivos, para darle mayor carácter oriental, y con seda o algodón grueso. Resulta precioso, combinando la seda lisa de color con hilos de oro o de plata.

Cabe disponerlo de mil maneras diferentes; por ejemplo: adornando la parte inferior de las mangas como veis en el adjunto modelito de crespón o de muselina de lana, o cubriendo completamente un chaleco de terciopelo sombrío, sobre

una falda a tablas anchas, según está en el otro modelo que figura en esta página.

También puede utilizarse para un cuello, o formando una franja en la parte inferior del vestido, o en los bolsillos.

Lo que en cualquiera de estos casos no debe perderse de vista es la conveniencia de armonizar tonos fuertes, verde, amarillo, rojo, azul, sobre telas de tono pálido, oscuro o neutro.

